

DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA DEL SIGLO XX

DE HUXLEY A BERNANOS

Escribe: ESTANISLAO GOSTAUTAS

La segunda parte del primer tomo de la "Literatura del siglo XX y Cristianismo" de Charles Moeller se dedica a dos ateos que buscan a Dios y no lo encuentran: Aldous Huxley y Simone Weil. "Los aeronautas sin cargamento" como los llama Moeller.

La persona de Huxley tiene algo de pontifical y pedante al lado de sus grandes contemporáneos Gide y Camus. Es el pontífice que se ríe de todo, que se cree con derecho a tocarlo todo y a mofarse de todo. Huxley encuentra por casualidad lo que otros buscan con afán. El lo sabe todo, discurre acerca de todo, lo lanza todo y al fin crea un Dios a su imagen y semejanza.

Nada más enigmático que la figura de Huxley, cuya fama nunca fue demasiado clara para el mundo y que sin embargo encerraba una extraña profundidad y una maravillosa facilidad para todas las situaciones humanas. Aparentemente no propone nada, no resuelve nada, es un artista que se sienta en la plaza de la vida y trata de disecar los cerebros que desfilan ante él. Solo que, como es un artista, Huxley disecciona artísticamente. Después de una de sus novelas no provoca vivir ni morir. Todo es caricatura y la vida se vuelve una larga velada, una interminable velada, que no hay modo de terminar.

Insensible ante lo divino y lo humano lo destroza todo despiadadamente para luego darse el gusto de reconstruir.

Allí fracasa. La hipóstasis de la Biblia y el hinduismo terminan por enredarlo en un laberinto de contradicciones que, sin embargo, él no se toma ningún trabajo de aclarar. Es místico por contradicción. Adora la nada y quiere ser algo. Odia el amor pero ama. Ama la humanidad que ridiculiza con su cinismo; ama la humanidad que ha creado una obra de arte y se estremece ante la creación del Dios que niega.

Huxley, al contrario de Gide, ama el problema, busca el compromiso y renueva la llaga. Hasta se apasiona por las causas que cree nobles y que con su snobismo ennoblece.

Sus novelas, sus ensayos filosóficos, toda su obra son un constante compormiso. Solo que es inglés y como tal no siempre sabe dar a su pensamiento el vestido adecuado. En este aspecto siempre le ganarán sus contemporáneos franceses e italianos.

Cientos de páginas de sus novelas son tratados morales, estéticos, filosófico-religiosos, abrumados de frases célebres, de citas propias. Se tiene la tentación de preguntarse: ¿es esto novela?

No; no parece. Y sin embargo sí, allí está un mundo novelesco, una técnica, un estilo que es Huxley, y al que solamente Huxley pudo darle vida. Este "baratillero" que nos quiere descrestar sobre todos los asuntos, desde los más triviales hasta los más trascendentes, sabe lo que hace y por qué lo hace.

Su obra es original y llena de vida, pero fastidiosa. Es como cierta clase de cine que nos vemos obligados a suspender porque no lo resistimos. No por pesado ni por confuso, sino al contrario: porque no pesa.

Simone Weil es un caso aparte. Tenerla entre los grandes ateos de siglo y compararla con Huxley me parece el colmo del desacierto de Moeller. Simone Weil tiene de todo menos de atea. Ella no trata de insinuar una incredulidad crasa ni una fe pervertida. Nada de eso. Simone Weil es judía y francesa, enamorada del griego y del sánscrito, entregada a las culturas helenísticas e Indias. No. Ella no es una razón común. No es una heroína barata. No es una creyente que se bautiza.

Esta mujer, digna del heroísmo del ángel de Dienbienphu, es una pensadora hasta la anarquía; honesta con la humanidad hasta someterse a todas sus vejaciones, buscadora de la verdad, del bien, de la vida, de Dios, es incomprensiblemente desconocida y lamentablemente dada al olvido. Es cierto que su literatura es oscura, confusa, desarreglada; es cierto que ella jamás buscó hacer literatura; era demasiado investigadora (de sí misma y de la humanidad y sus problemas) para "perder" tiempo en una novela. Es su profundidad para estos problemas; es su planteamiento del hombre, de Dios, de la religión lo que la coloca entre los grandes pensadores del siglo XX. Pensadora extraviada, precisamente porque es grande.

Pero ¿qué es lo que busca Simone Weil? Una luz en las tinieblas, una verdad para tantas mentiras, un placer para tanto dolor, una fe para tantas religiones. Es una socialista que repudia el socialismo y una creyente que detesta la fe.

Es un caso semejante al de Kafka, de Bergson, de Ana Frank, todos cuatro judíos y europeos que tratan de encontrar una respuesta lógica a los absurdos que Dios y el hombre se plantean. Sin embargo su propia lógica los pierde y su propia justicia los condena.

Charles Moeller, después de un largo análisis, llega a estas conclusiones: "Por su caridad admirable, Simone Weil está en el orden supremo de que hablaba Pascal. Sus experiencias místicas fueron auténticas, aunque no superaron, al parecer, la mística natural, al menos en la mayoría de los casos... adherirse al sufrimiento del mundo, no evadirse de él,

sino aceptarlo, es una actitud fundamentalmente cristiana. Aquí termina el mensaje válido de Simone Weil. Las crecientes aberraciones de su pensamiento manifiestan el terrible peligro que constituye, en la vida espiritual, una inteligencia hipertrofiada y solitaria... Abandonada a sí misma, habiéndose puesto al margen de su condición de mujer, Simone Weil fue, literalmente, devorada por su inteligencia", (pág. 319).

La tercera parte del primer tomo está dedicada a los "hijos del cielo": "Graham Green, Julien Green y Georges Bernanos. Tres católicos y convertidos de dos imperios (un inglés y dos franceses) que después de haber ensayado prescindir de Dios deciden buscarlo.

Como esta parte no entraña grandes polémicas pierde su interés y el autor, como satisfecho de haber encontrado a los suyos, sobrepasa su propio plan. La crítica se vuelve un panegírico y un análisis de la teología católica.

Graham Green o "el mártir de la esperanza" es tal vez el novelista más solicitado de Norteamérica, al lado de Faulkner, de Hemingway, de O'Neill. De origen inglés, ha llegado a formar parte del estado yanqui, del cual Méjico no está lejos, el Méjico de sus novelas. Su vida y su obra han pasado a ser una leyenda, como un caballero del oeste, como un místico de Dios que da coques a sus correligionarios. Su ruidosa conversión encaminó toda su obra hacia una especie de autobiografía y experiencia del "hombre que se entendió con Dios".

"Las historias contadas por Graham Green son aparentemente profanas; el novelista no les da jamás ese toque que orienta el tema en un sentido edificante; muchas de sus novelas se leen como relatos policíacos. Su técnica cinematográfica da a los cuadros sucesivos un poder de su gestión incomparable.

Una atmósfera obsesionante se cierne sobre cada libro: el calor húmedo de Méjico, la triste lujuria de Brighton, el Oriente-Exprés lanzado a través de Europa con su carga de destinos bufos o trágicos, la frialdad matemática de Estocolmo, la desnudez ardiente o podrida de Sierra Leona", (pág. 325).

Pero Green es algo más que eso. Su obsesión es otra. Es Dios, el hombre, el pecado, la compasión, la desesperanza; es el bien que el hombre se niega y el mal que sin saber se hace. El lo campadece. Quisiera remediar todos los males del mundo pero siente que su mismo deseo es un mal porque es un deseo imposible. Por eso se detiene ante la desgracia de la creación: "Si se conociera la verdad no se vería uno obligado a compadecer incluso a los planetas?" —Nos pregunta lleno de tristeza ante su propia impotencia.

Su celo de convertido, como de costumbre, es mayor que el del común de los católicos y su fe lo convierte en enemigo de sus amigos. Todas sus novelas, todos sus pensamientos son discutidos y vetados como escandalosos.

Green coloca a sus personajes en situaciones comprometedoras. Los somete a torturas de toda índole. Como un alquimista quiere ver "qué

pasa" y cuando sucede una explosión, dice que hay que comenzar de nuevo. El conflicto aumenta cuando se trata del dolor, de la desesperanza, de la resignación, de la compasión. Green analiza estas situaciones en cada una de sus novelas.

Moeller analiza este problema en su novela *El fondo de las cosas*. Es el drama de la fe, de la esperanza, del amor, del deber de Scobie. "Se le llama *Scobie el Justo*. Es dulce y paciente con los indígenas, sobrio, fiel, puntual cumplidor de sus deberes religiosos; su integridad irrita a un hombre como Wilson, quien declara un día que "la honradez de Scobie hace la vida imposible". Este hombre no cree en la virtud que practica: está obsesionado por el infierno, que se manifiesta en esta lejana colonia... Tampoco consigue creer en la eficacia de sus prácticas religiosas: su oración es maquinal; su pureza no evita el pecado en atención a un bien amado por ís mismo, sino por pereza, por tedio frente a un mundo donde nada parece valer la pena", (pág. 349). Todo el resto de las páginas que Moeller le dedica a Green, las pasa con Scobie, hasta que el viejo se nos vuelve familiar.

Sin embargo hay algo de encantador en sus novelas. Green es un novelista y nada más. No enjuicia a nadie, no da soluciones, no moraliza con sentencias superlativas. Es un verdadero novelista que presenta los problemas en una forma que es suya y espera. Sus personajes son sufridos, profundos y variados. Cada uno agota su dosis de dolor y de valor. Cada uno es un Green emparapetado.

Julien Green o el "testigo de lo invisible" es otro de los conversos que ha deslumbrado al mundo con sus novelas pulcras, de magnífico corte francés, de hondura sicológica, tan importante entonces, hasta hoy ser relegado al olvido. En la Francia de Camus, de Gide, de Duras, de Alain Robbe-Grillet, un visionario idealista con vocación de santidad como Green, no tiene cabida, es absurdo. La Edad Media ha terminado. Green es un intruso que escribe genialidades sobre Dios, y eso es imperdonable.

Moeller no lo analiza, lo descuartiza. Toma su Journal y no le perdona ni la infancia. Así que citas tras citas va surgiendo el autor de Moira como de un mundo novelesco. Nada se perdona. Su fe de niño, su deseo de eliminar el problema sexual, su adolescencia exageradamente correcta, la locura de su vocación y santidad, hasta que de pronto se agota la fe, y encuentra ridículo a Dios y a su deseo y cae en la incredulidad.

Desde allí arranca la nueva fe de Green. Son la belleza, el bien, el mundo los que lo conducirán a Dios. Sus novelas y su maravilloso diario son los testigos de esa larga lucha que se trava entre él y Dios. Una lucha a muerte que terminará con uno de los dos: "¿Cómo cambiar mi vida? Por dentro. Es inútil quemar libros y manuscritos: el desasimiento no se consigue así; es un corazón el que hace falta pedir, y el resto se realiza sin dificultad", (pág. 410), nos dice en su diario lleno de angustia. Porque Green no sabe darse a medias. Su generosidad, su sinceridad le piden todo o nada.

Para ello se refugiará en el budismo y en las ciencias orientales que lo devolverán a la oscuridad de la duda y luego a la fe. El sexo, el pe-

cado, la duda vuelven a sus novelas que el público toma por complicaciones bien escritas. No les interesa que allí esté el drama de un hombre. Toda obra maestra tiene algo de uno mismo. El creador abstracto es un mal creador, un mal escritor. La función primordial de un escritor es darse a su obra, entregarse al dolor de crearla, gozarla y anonadarse en ella. Por eso Green vive solo su "parto", nadie apura su copa, etá solo y abandonado. Es el destino de todo talento y Julien Green tiene que pagarle su tributo.

Georges Bernanos o "el profeta de la alegría" cierra el ciclo del silencio de Dios. Y cierra mal porque el anciano profeta no ha pasado por las mismas agonías y angustias de la fe y la no fe como los otros. La obra de Bernanos se parece más a la de un abuelo que cuenta a sus nietos los recuerdos de su infancia que una obra literaria propiamente dicha.

Simpática es la figura de este anciano que sin embargo también oculta mucha amargura, mucho sufrimiento y también ha sufrido la tentación de la desesperación. "El diario de un cura rural", "El diálogo de las Carmelitas", "Un mal sueño", etc., son testigos de esa lucha. Porque mientras más fe hay un en ser, más se siente la amorosamente dolorosa mano de Dios.

"Amar, es decir, dar su propia alegría, libremente, para que los otros la tengan: tal es el mensaje de Bernanos" nos dice Moeller y continúa: "El hombre, en él, era robusto: tenía algo del condottiero, del hidalgo harapiento y magnífico (corría sangre española por sus venas); sus primeras actividades le muestran lanzado en medio del tumulto, constantemente en la brecha... Bernanos no representa, evidentemente, la única manera de encarnar la fe cristiana: Claudel y Péguy completarían útilmente las perspectivas. Pero de lo que yo estoy convencido, cada día un poco más, es de que su visión cristiana llega, en profundidad, a lo esencial; y lo esencial aquí se revela como la forma de la fe cristiana...", (pág. 475).

Como se ve la admiración de Moeller por Bernanos es incondicional y exagerada. Al autor se le olvida su oficio de crítico y se deja llevar por el apasionamiento. Bernanos es el católico que enseña cómo serlo de veras y su generosidad sin límites demuestra que la generosidad es darse sin medida. Y esto mismo es su obra literaria, llena de amor por el hombre y por Dios. Es un mensaje de bondad en medio de un mundo de violencia. Ese es Bernanos y ese su mensaje. Su valor en las letras francesas y europeas es tan grande —aunque opuesto a ellos— como el de Camus o el de Gide.